

Quien no sabe de las flaquezas de sí mismo es porque jamás ha meditado en ellas. Los santos lloran sus innúmeras imperfecciones toda su vida y con evidencia suma se declaran los más miserables de todos los hombres y ¿quién por poco experimentado que sea en el propio conocimiento no ha dicho y repetido miles de veces y ha oído decir y repetir otras tantas, que el día que más se desea practicar una virtud o evitar un defecto es el que más se advierte la propia incapacidad para ambos ejercicios? Y por ser tan palmaria esta verdad continúa nuestro montfortiano Maestro con estas sencillas palabras, en este mismo número 88:

«Es, pues, de gran importancia, para adquirir la perfección, que sólo se consigue por la unión a Jesucristo, vaciarnos a nosotros mismos de cuanto haya de malo en nosotros.»

Y si esta necesidad se deduce del convencimiento de que nosotros estamos manchados, no se nos impone menos la necesidad de purificarnos de cuanto malo hay en nosotros si miramos la limpieza de Dios, nuestro último fin, y, por eso, con muy sobrada razón añade, para terminar este número 88, nuestro Beato:

«Si no es así, el Señor que es infinitamente puro y que odia infinitamente la menor mancha en el alma, nos arrojará de sus divinos ojos y jamás se unirá a nosotros.»

Es decir, que hemos de ser perfectos como lo es nuestro Padre celestial; esto es, hemos de proporcionar nuestra santidad a la divina, porque creados a la semejanza de Dios, cuanto sea a Él semejante debe estar en nosotros y cuanto a esta semejanza se oponga debemos, en cuanto esté de nuestra parte, arrojarlo de nuestro ser. De aquí que el mariano Maest. o no se satisface con esta recomendación general que antecede, para inducirnos a la perfección, sino que en otros, como apartado o §, especifica lo que se necesita para purificarnos, y así en el número 89 dice:

«Para vaciarnos de nosotros mismos se requiere: 1.º Conocer bien con la luz del Espíritu Santo, nuestro mal fondo, nuestra incapacidad para todo lo bueno, nuestra debilidad en todas las cosas, nuestra inconstancia en todos los tiempos, nuestra indignidad para toda gracia y nuestra iniquidad en todo lugar.»

Las anteriores apreciaciones de nuestro Beato quedarían perfectamente comprobadas con la meditación de los pecados del precioso libro de los Ejercicios de San Ignacio y muy especialmente con la de los pecados propios. Cada frase de las escritas por el Beato Grignon se podría demostrar con un testimonio de la Sagrada Escritura o con un ejemplo de algún santo, porque todas ellas son eminentemente cristianas, por ser el fruto dolorosísimo de las penas acarreadas al hombre por el pecado de origen y agravadas por los personales, dogma fundamental que supone toda la historia de la redención humana que llena todos los tiempos en la persona de Cristo que es de hoy, de ayer y de todos los siglos. Y para que más penetren estas enseñanzas en nuestros entendimientos, aunque en el número anterior ya nos ha dicho que nuestra alma está maleada por el pecado original y actual, ahora añade:

«El pecado de nuestro primer padre a todos nos ha dañado, agriado, levantado y corrompido, como la levadura, agria, levanta y corrompe to-